

Vampirismo mutuo y destructivo que quizá se inicie en la necesidad de una venganza abstracta o en la venganza por la limitación de sentirse un ser único y definido en ese caprichoso reparto de papeles que en algún aspecto implica nuestra sociedad: papeles que se interpretan pasivamente, sin entender la banalidad o la transitoriedad de su sentido. ¿Cómo es posible que después de la ciencia, la religión y el progreso no se entienda aún la vida más que en un aspecto superficial?, se pregunta en un momento un personaje.

La venganza puede serlo también respecto a la muerte, al fracaso que supone toda muerte. Aunque esa muerte no sea más que la del individuo, no la de su rol... La idea de la muerte, el terror y la fascinación por la muerte es uno de los ejes de "Elisa, vida mía". La muerte, no ya sólo física —ante la que el vampirizador piensa que, con él, debe desaparecer todo ser vivo u objeto

componen "Elisa, vida mía" implica la síntesis de una sugerencia, de un pensamiento o de una emoción, combinados todos ellos en una estructura irreplicable. Vista varias veces la película, el mundo creado por Saura se va ampliando, enriqueciendo. Confieso la inquietud sentida ante esas imágenes y, de nuevo, la imposibilidad de definirla aquí; imposibilidad que es todo un homenaje de admiración.

Isabel Mestres y Norman Briski en sus breves papeles, el tiempo elegido por Saura para su narración, la estructura de saltos en la memoria, en la imaginación, en los deseos frustrados o en el miedo de sus personajes, la seguridad de crear un ambiente cerrado en la estructura dramática y abierto a la complicidad emocional, son algunos de los puntos que uno recuerda como elementos de la fascinación producida por la película.

Sólo queda la espionada invitación a conocerla urgentemente. ■ DIEGO GALAN.



"Les enfants terribles", de Jean-Pierre Melville (1950).

excesivamente laudatorio. Aun reconociendo diversas virtudes que en ella se encuentran, y, sobre todo, el despropósito que supone escribir una reseña de Les enfants terribles a los veintisiete años de su realización.

Lo curioso es que nuestra estimación del film corresponde con exactitud a la autocrítica efectuada por Melville tiempo después de haberlo dirigido. Y así, el cineasta francés reconoce los evidentes fallos que suponen la execrable interpretación de Edouard Dermithe —impuesto por Cocteau— en el personaje esencial de Paul; el error de haber trasladado la acción desde 1925 a 1950 sin que la historia adquiriese una verdadera actualización; y el continuo tono grisáceo con que el laboratorio "echó a perder la maravillosa fotografía de Henri Decae" (fallos a los que tendríamos que añadir otros dos que escapan plenamente a la responsabilidad de Melville: el lógico envejecimiento sufrido por la película en este cuarto de siglo largo transcurrido hasta su estreno en España, y el lamentable hecho de que en el local madrileño de exhibición aparezcan continuamente mutiladas las cabezas de los personajes al contar con una pantalla panorámica que no respeta el formato original del film). En cuanto a los valores de Les enfants terribles, dignos de ser destacados, Melville subraya, "por un lado, la voz de Cocteau; y, por otro, también de gran importancia, la interpretación de Nicole Stéphane". "En realidad —concluye—, muy poco para lo que yo esperaba de esta película". Perfectamente de acuerdo.

De cualquier forma, bienvenida sea la presencia entre noso-

tros de Les enfants terribles, film con aureola de "maldito", y que pertenece —con sus aciertos y desaciertos— a ese bagaje cinematográfico imprescindible para todo buen aficionado, y que en España ha sido imposible formar hasta ahora. La recuperación de un tiempo perdido es hoy entre nosotros tarea imprescindible para quienes, de una manera u otra, queremos conectar con la cultura contemporánea. ■ FERNANDO LARA

"Asignatura pendiente"

El primer largometraje que dirige José Luis Garci viene apoyado levemente por sus cortometrajes anteriores ("Mi Marilyn" y "Tiempo de gente acobardada"), y en menor medida por los guiones que ha escrito o en los que ha colaborado ("Los nuevos españoles", "La cabina", "La Gioconda está triste", "La mujer es cosa de hombres"). En todas estas obras, aunque en distinta medida, podía ya preverse el "espíritu" de José Luis Garci: atormentado por la hecatombe de su generación (la de los españoles que hoy tenemos alrededor de los treinta años), José Luis Garci ha querido ir viéndola con la perspectiva sentimental de la adolescencia y con un afán violento de protesta por la cantidad de vivencias que a esa generación se nos ha escamoteado. El propio título de este primer largometraje que ahora nos ofrece como director es significativo en este sentido: "Asignatura pendiente". Con ello, Gar-



Geraldine Chaplin y Fernando Rey en el último film de Saura: "Elisa, vida mía".

que él haya "poseído" durante su vida—, sino incluso el final de etapas, de sentimientos, de vivencias confundidas y ya muertas, de cadáveres de la memoria que aún se agitan sin sentido, pero, quizá, con miedo. "Elisa, vida mía" es una reflexión sobre todo esto, una reflexión sobre nuestros pequeños papeles en una sociedad vampirizadora. Pero también es más cosas. No conozco forma de concretar el mundo vivo de los ojos de Geraldine Chaplin en una de sus actuaciones para el cine español más admirables e inquietantes, ni una definición ajustada a ese complejo personaje que interpreta espléndidamente Fernando Rey; estamos ante una película que reivindica para el cine el inmenso valor de una imagen, insustituible, única. Cada una de las que

Con aureola de "film maldito"

En una de sus habituales frases destinadas a la posteridad, François Truffaut dijo de Les enfants terribles que era "la mejor película de Melville sobre el mejor libro de Cocteau...". Afirmación más que discutible, pero que de alguna manera nos sitúa ante los términos en que se mueve el film: dependerá de nuestra adhesión o rechazo hacia lo que significan ambos autores el que Les enfants terribles nos parezca una obra apasionante o mediocre. Colocándome yo particularmente entre los nada entusiastas de Melville y Cocteau, mi juicio sobre la película no puede ser —por tanto—